

# El venado... (¡herido!)

Guadalupe Loaeza

*En el centenario de Frida Kahlo, Guadalupe Loaeza, autora de Las niñas bien, La princesa del palacio de hierro y Compro, luego existo, descubre en esta crónica los vasos comunicantes entre el corrido predilecto de la pintora y el famoso cuadro El venado herido.*

*Lo único bueno que tengo es que ya voy empezando a acostumbrarme a sufrir.*

Frida Kahlo

Dice el poeta, traductor y ensayista español nacido en Villarino de los Aires, Salamanca, que Frida cantaba corridos, distribuía fusiles pintados entre los rebeldes pintados. Por su parte, la crítica de arte, Raquel Tibol nos cuenta de la inauguración de los murales de La Rosita, para lo cual se repartió un volante que decía: “Hoy sábado 19 de junio de 1943, a las 11 de la mañana, grandioso estreno de las pinturas decorativas de la Gran Pulquería La Rosita”. El padrino fue Antonio M. Ruiz, director de La Esmeralda dijo:

Hubo cohetes, bombas, globos, confeti, juegos pirotécnicos, banda de mariachis (para los corridos), desfile de personalidades desde la casa de Frida hasta la pulquería; se sirvió una suculenta barbacoa rociada con los mejores pulques que se trajeron especialmente de las haciendas de más prestigio.

El momento más importante de este acontecimiento fue cuando el alumno Guillermo Monroy entonó el corrido que había escrito especialmente para la ocasión:

Para pintar La Rosita  
mucho trabajo costó.  
Del arte de pulquería  
la gente ya se olvidó.

Doña Frida de Rivera,  
nuestra maestra querida,  
nos dice: Vengan muchachos,  
yo les mostraré la vida.

Cantaron los más hermosos corridos hasta entrada la noche. Dolores del Río, como invitada especial felicitó a Frida y dijo unas palabras: “Esta obra cultural creará arte verdadero y lo volverá accesible a nuestro pueblo, que no puede entrar a los palacios y que no evitará contemplar el arte si éste se halla en una pulquería”. Peor sin duda la más feliz de toda la concurrencia, era Frida. Rodeada de sus alumnos, amigos y vecinos de Coyoacán, brindaba con ellos; salía a la calle e invitaba a todos los peatones a pasar a la fiesta. Dicen que esa noche estaba, vestida con su huipil tehuano de seda, bordado a máquina con la técnica de un golpe; el cual hacía juego con su enagua tehuana de seda con holán de algodón y con su rebzo en tonos verde y amarillo de artisela de jaspe con repaseo procedente de Guanajuato, cantó y cantó su corrido preferido:

Soy un pobre venadito  
que habito en las serranías,  
soy un pobre venadito  
que habito en las serranías,  
como no soy tan mansito  
no bajo al agua de día,  
de noche poco a poquito  
y en tus brazos vida mía.

Le dije a una muy bonita  
que si me lavaba el paño,  
le dije a una muy bonita  
que si me lavaba el paño.

Me contestó la maldita  
si usted quiere hasta lo baño.  
Nomás véngase temprano  
porque tarde le hace daño.  
Aaajjaii.

Dicen los que todavía se acuerdan de esa noche, que Frida estaba tan contenta, que de pronto hizo parar la música de los mariachis y gritó: “No más”; acto seguido se quitó el corsé que tanto la torturaba: “Sin el sostén de su frágil columna, se fue, se lanzó a la calle a una posada pública para celebrar la inauguración de pinturas suyas en una pulquería cercana a su casa en Coyoacán”, escribió la columnista Rosa Castro. Y mientras Frida se encaminaba hacia la posada, los mariachis la seguían y ella continuaba cantando *El venadito*.

Ya tengo visto el nopal  
donde he de cortar la tuna,  
ya tengo visto el nopal  
donde he de cortar la tuna.

Como soy hombre formal  
no me gusta tener una  
me gusta tener de a dos  
por si se me enoja alguna.

Quisiera ser perla fina  
de tus lucidos aretes,  
quisiera ser perla fina  
de tus lucidos aretes.

He aquí cómo narra Rosa Castro el comportamiento de la pintora aquella noche:

Frida hablaba de sus males como quien se refiere a una retorta con un extraño animal adentro que se resiste y resiste al fuego. Aquellos corsés que llevaba, ¡ay!, de metal, de cuero, de yeso, que ella se distraía en pintar con violeta de geniana, con mercurio-cromo, que tachonaba con espejitos

de danzantes y pegaba con plumas de colores a la altura del pubis. Aquellos corsés de Frida Kahlo, que para colocárselos había que colgarla de un grueso cable pendiente de una viga en la habitación de la casa.

Pe ro esa noche, Frida se lo quitó, lo mandó al diablo; “¡al carajo!”, diría ella. Y así, sin corsé, con sus senos libres y con el cabello suelto continuaba cantando:

Para darte de besitos y  
morderte los cachetes  
quién te manda estar bonita  
esto a mí me compromete.

Voy a hacer una barata y  
una gran realización,  
voy a hacer una barata y  
una gran realización.

Las viejitas a centavo,  
las muchachas a tostón,  
los yernos a seis centavos,  
y las suegras de pilón.

Dicen los que estuvieron en la fiesta de esa noche, que detrás de ella, la seguía una muchedumbre, que también gritaba y cantaba *El venadito*. Sigamos con la crónica de Castro:

Entre la polva roja que levantaban y la oscuridad, que por instantes se acentuaba, aquello parecía una loca rebelión funambulesca de seres inventados por la propia Frida, ella llegó con dificultad hasta el portón gritando: “¡Nunca más! ¡Nunca más, pase lo que pase! ¡Nunca más!” , decía para en seguida continuar con el corrido:

Ya con ésta me despido  
pero pronto doy la vuelta,  
ya con ésta me despido  
pero pronto doy la vuelta.

Nomás que me libre Dios de  
una niña mosca muerta  
d’ésas que ay mamá por Dios  
que no salen a la puerta.

En su texto, “Que el ciervo vulnerado / por el otero asoma”, Carlos Monsiváis, escribió:

Ninguna de esas imágenes es falsa, pero su reiteración aislada tiende a ensalzar el brillo de Frida, su condición de mujer en la cúspide, usando sólo hagiográficamente su larguísimo padecer por consultorios y hospitales, el alcoholismo defensivo, el cuerpo como campo de batalla

y experimentación de especialistas, los embarazos interrumpidos, las operaciones y las ilusiones de recuperación bruscamente tajadas, los corsés de yeso y los corsés de acero, las tensiones craneanas y el estado general de agotamiento. Todo en la historia de Frida parece un viaje circular: la enferma que se niega a vivir en la autocompasión y no logra evitar la obsesión necrófila, la artista que grita: “¡Viva la vida!”, intenta a veces suicidarse y pinta a la muerte como su compañera de cama; la persona que proclama “Árbol de la esperanza, mantente firme” y extrae una visión estética de la desesperación; la eterna niña y la mujer fuerte.

Tres años después de esa inauguración, Frida Kahlo, pinta *El venado herido*. La historiadora de arte Helga Prignitz, que lleva años estudiando el cuadro, nos dice que la pintura nace inspirada por la épica clásica de *La Eneida* y no por las operaciones quirúrgicas de columna sufridas por la artista. La experta alemana sostuvo que el cuadro pintado en 1946 no tiene que ver con la entonces inminente novena operación de columna vertebral de Kahlo sino con la fuerza mítica del amor que narra Virgilio en el mito de Dido. La historia de Dido y Eneas, parte de *La Eneida*, es la historia de la reina de Catago, fiel a su luto hasta que conoce a Eneas, quien ha naufragado en su patria para refundar Troya. Prignitz dijo que elementos como los árboles, las flechas, la herida sangrante, el agua y los relámpagos de la pintura forman parte de la narración mítica, además de ser figuras que la autora retoma de la pintura del Renacimiento.

Es justo decir que desde sus inicios, Frida estudió las artes de esta época y profesó admiración por artistas como Bruegel y “El Bosco”, de quienes retoma alegorías como el venado herido, según apuntara asimismo la experta. El cuadro es también, afirmó Prignitz, el primero en el que Frida se pinta en el bosque y en una atmósfera andrógina.

Por otro propósito de la pintura hay otras interpretaciones que tienen que ver precisamente con sucesos del año 1946, cuando Frida estaba particularmente triste. Acababan de practicarle en el Hospital de Cirugía Especial, la novena operación. En su maravilloso libro *Frida Kahlo en su luz más íntima*, Raquel Tibol nos informa que:

Fue el traumatólogo mexicano Rafael Vázquez Bayod quien percibió en la pintura que varios elementos se repetían nueve veces. La cornamenta en la cabeza del venado con el rostro de Frida tiene nueve puntas, nueve son las flechas que se clavan en su cuerpo en medio de un bosque con nueve árboles, nueve son las ramificaciones en la rama trozada que aparece en el suelo. ¿Por qué nueve? Lo dijo Vázquez Bayod después de repasar la historia clínica: era la novena operación que ha de padecer Frida, la cual pudo haber sido exitosa si ella se hubiera cuidado, pero no lo hizo.

No, no lo hizo, por eso se quitó el corsé en la fiesta de la inauguración de los murales de las cantinas; por eso, a pesar de las dos cicatrizotas que le dejaron en la espalda, las mismas que le describe en una carta Frida a don Alejandro Gómez Arias, se fue de parranda esa noche y bebió su mezcal y fumó como chacuaco y cantó corridos y se quitó su corsé que tantos dolores le provocaba y se soltó el pelo y hasta lloró en tanto que cantaba: *Soy un pobre venadito que habito en las serranías...*

El pequeño óleo (22.4 x 30 cm) *El venado herido*, se lo regaló a los esposos Lina y Arcady Boytler (realizador cinematográfico), acompañado con unas rimas que reflejan muy bien el estado anímico de Frida ese año de 1946:

Solito andaba el Venado  
rete triste y muy herido  
hasta que con Arcady y Lina  
encontró calor y nido.

Cuando el Venado regrese  
fuerte, alegre y aliviado  
las heridas que ahora lleva  
todas se le habrán borrado...

La tristeza se retrata  
en todita mi pintura  
pero así es mi condición,  
ya no tengo compostura.  
Sin embargo la alegría  
la llevo en mi corazón,

Dicen los que estuvieron en la fiesta de esa noche,  
que detrás de ella, la seguía una muchedumbre,  
que también gritaba y cantaba *El venadito*.



Frida Kahlo, *El venado herido* o *El venadito* o *Soy un pobre venadito*, 1946

sabiendo que Arcady y Lina  
me quieren tal como soy.

Acepten este cuadrito  
pintado con mi ternura,  
a cambio de su cariño  
y de su inmensa dulzura.

Los versos anteriores también pudieron haber servido como letra de un corrido. Seguramente Frida sabía que la función principal del corrido mexicano era precisamente el de divulgar noticias frescas, noticias sobre los acontecimientos más importantes. Nadie sabe cuándo surgió el corrido en México. No obstante, Vicente T. Mendoza afirma que el primer corrido del que se tiene noticia es el de Macario Romero. Éste se escuchó por primera vez en 1898, viene de Durango y en la letra se señala el año preciso de 1810. Para que los corridos no se mueran o pasen de moda, hay que cantarlos y cantarlos. Antes solían ser recogidos por pequeños editores que los imprimían en hojas sueltas de todos colores, ornamentadas con grabados ya sea de calacas o de personajes muy característicos de la época. Los más recordados y apreciados son los que tenían ilustraciones de José Guadalupe Posada. “¡Espantoso suceso!”. “¡Rarísimo acontecimiento!”. “¡Estaba muerta pero caminó!”, gritaban los

trovadores al referirse a las “cosas del pueblo” como decían. Entonces costaban un centavo, un “tlaco” o se intercambiaban como trueque.

Por último diremos que en la película *Frida* de Paul Leduc, tres veces se escucha este maravilloso corrido cuyo autor es el músico duranguense, Salvador Cabrera.

Y como despedida, permítanme transcribirlles otros dos versitos de la inspiración de Frida, inspirados a su vez por aquel venadito herido en cuerpo y alma:

Gracias niños de mi vida  
gracias por tanto consuelo  
en el bosque del Venado  
ya se está aclarando el cielo.

Ahí les dejo mi retrato,  
pa’ que me tengan presente,  
todos los días y las noches  
que de ustedes me ausente...

Solito andaba el Venado  
rete triste y muy herido...

Ya con ésta me despido  
y me despido para siempre... U